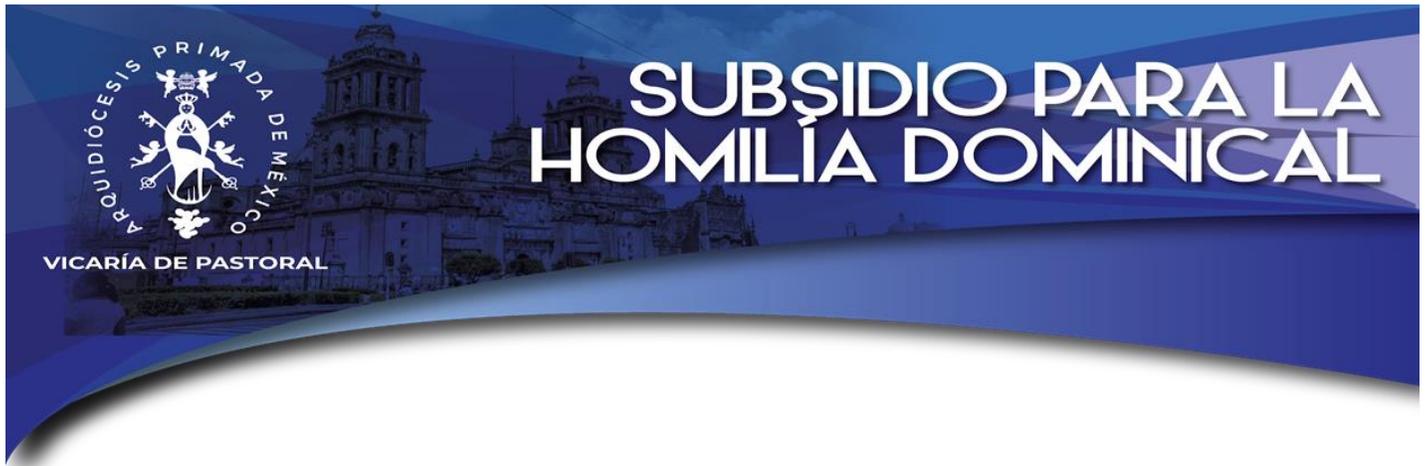


7 de agosto de 2022
19° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

Sabiduría 18,6-9: La noche de la liberación pascual fue anunciada con anterioridad a nuestros padres, para que se confortaran al reconocer la firmeza de las promesas en que habían creído. Tu pueblo esperaba a la vez la salvación de los justos y el exterminio de sus enemigos. En efecto, con aquello mismo con que castigaste a nuestros adversarios nos cubriste de gloria a tus elegidos. Por eso, los piadosos hijos de un pueblo justo celebraron la Pascua en sus casas, y de común acuerdo se impusieron esta ley sagrada, de que todos los santos participaran por igual de los bienes y de los peligros. Y ya desde entonces cantaron los himnos de nuestros padres.

Salmo 32: Que los justos aclamen al Señor; es propio de los justos alabarlo. Feliz la nación cuyo Dios es el Señor, dichoso el pueblo que eligió por suyo. Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. En el Señor está nuestra esperanza, pues él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que, en ti, Señor, hemos confiado.

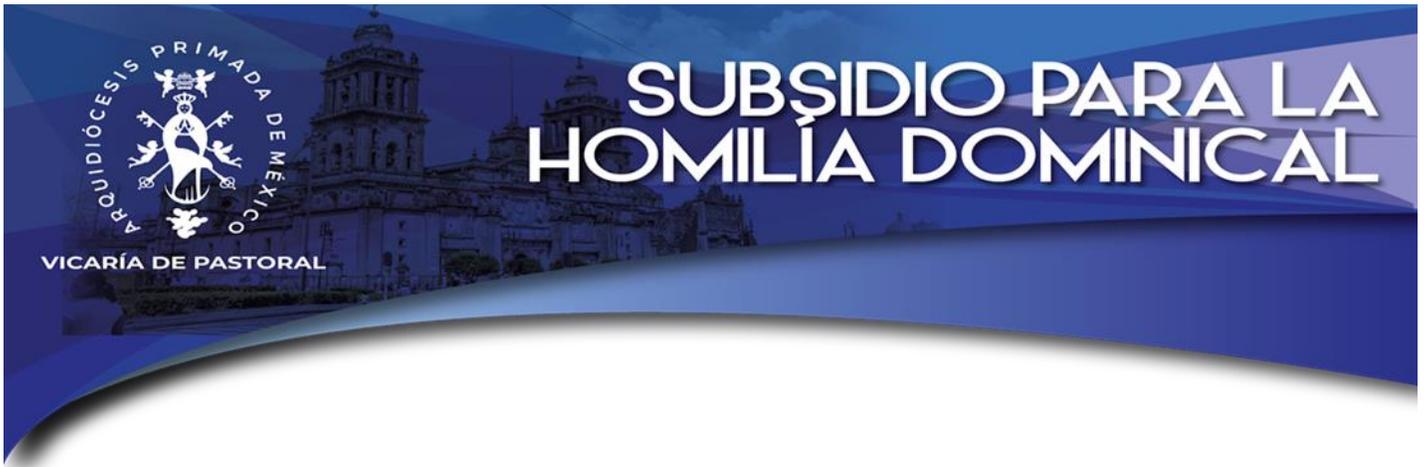
Hebreos 11,1-2.8-19: Hermanos: La fe es la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera y de conocer las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores. Por su fe, Abraham, obediente al llamado de Dios, y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia. Por la fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, en tiendas de campaña, como Isaac y Jacob, coherederos de la misma



promesa después de él. Porque ellos esperaban la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo, porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar. Todos ellos murieron firmes en la fe. No alcanzaron los bienes prometidos, pero los vieron y los saludaron con gozo desde lejos. Ellos reconocieron que eran extraños y peregrinos en la tierra. Quienes hablan así, dan a entender claramente que van en busca de una patria; pues si hubieran añorado la patria de donde habían salido, habrían estado a tiempo de volver a ella todavía. Pero ellos ansiaban una patria mejor: la del cielo. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tenía preparada una ciudad. Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho: De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre. Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Lucas 12, 32-48: En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "No temas, rebañito mío, porque tu Padre ha tenido a bien darte el Reino. Vendan sus bienes y den limosnas. Consíganse unas bolsas que no se destruyan y acumulen en el cielo un tesoro que no se acaba, allá donde no llega el ladrón, ni carcome la polilla. Porque donde está su tesoro, ahí estará su corazón. Estén listos, con la túnica puesta y las lámparas encendidas. Sean semejantes a los criados que están esperando a que su señor regrese de la boda, para abrirle en cuanto llegue y toque. Dichosos aquellos a quienes su señor, al llegar, encuentre en vela. Yo les aseguro que se recogerá la túnica, los hará sentar a la mesa y él mismo les servirá. Y si llega a medianoche o a la madrugada y los encuentra en vela, dichosos ellos. Fíjense en esto: Si un padre de familia supiera a qué hora va a venir el ladrón, estaría vigilando y no dejaría que se le metiera por un boquete en su casa. Pues también ustedes estén preparados, porque a la hora en que menos lo piensen vendrá el Hijo del hombre". Entonces Pedro le preguntó a Jesús: "¿Dices esta parábola sólo por nosotros o por todos?". El Señor le respondió: "Supongan que un administrador, puesto por su amo al frente de la servidumbre, con el encargo de repartirles a su tiempo los alimentos, se porta con fidelidad y prudencia. Dichoso este siervo, si el amo, a su llegada, lo encuentra cumpliendo con su deber. Yo les aseguro que lo pondrá al frente de todo lo que tiene. Pero si este siervo piensa: 'Mi amo tardará en llegar' y empieza a maltratar a los criados y a las criadas, a comer, a beber y a embriagarse, el día menos pensado y a la hora más inesperada, llegará su amo y lo castigará severamente y le hará correr la misma suerte que a los hombres desleales. El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no haya preparado ni hecho lo que debía, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, haya hecho algo digno de castigo, recibirá pocos. Al que mucho se le da, se le exigirá mucho, y al que mucho se le confía, se le exigirá mucho más".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

FE, ESPERANZA Y CARIDAD MIENTRAS AGUARDAMOS LA LLEGADA DEL HIJO DEL HOMBRE

La tríada formada por las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) articulan el mensaje teológico que las lecturas de este domingo nos revelan. La espiritualidad cristiana es una forma de vida que, partiendo del don que Dios nos ha hecho en el bautismo, -donde nos ha infundido las tres virtudes arriba mencionadas- y haciendo uso de su libertad, se va configurando cada día en Cristo mediante el poder del Espíritu y teniendo como meta el abrazo escatológico del Padre. Sin esto, digámoslo claramente, no existe vida cristiana. Puede haber admiración por Jesús y hasta formar una especie de club de seguidores del Nazareno o formar parte de un nuevo grupo que se llame "cristianos moderados", pero no puede haber auténtico discipulado y espiritualidad cristiana, que, en términos utilizados por el eximio teólogo y Cardenal Hans Urs von Balthasar, es siempre *pneumatófora* (portada por el Espíritu y portadora de Espíritu), *crístocéntrica* (centrada en la persona de Jesús, el Cristo) y *patrofinalizada* (desemboca en el Padre, le tiene a Él como finalidad última).

Ahora bien, las tres virtudes infusas no son entidades abstractas, sino potencias espirituales imbricadas indefectiblemente con el ser histórico del hombre. Dicho de otra manera, la fe, la esperanza y la caridad, que ya forman parte de nuestro ser ontológico, necesitan ser actualizadas por el bautizado en la historia, en su historia y en la historia de los otros. Lo ontológico requiere, mediante la libertad y el *fiat* del creyente, hacerse existencial. Sólo así se hace efectiva la salvación y la filiación y se expande exponencialmente hasta el infinito de todos los seres posibles.



Veamos con más detenimiento los aspectos de las tres virtudes teologales que nos presentan las lecturas dominicales. En la primera lectura, del libro de la Sabiduría, se anuncia un tema medular para el cristiano: la fe. Haciendo memorial de la liberación de la esclavitud en Egipto se nos dice que el momento puntual de dicha liberación fue anunciado a los padres con anterioridad, para que se confortaran al reconocer la firmeza de las promesas en las que habían creído.

El autor del texto evidentemente habla "a toro pasado", es decir, hace una interpretación teológica de un hecho pasado y, mediante un artificio teológico (ciertamente los esclavos en Egipto no recibieron ningún aviso previo, y su situación, con todo y ser esclavos, era bastante cómoda, de tal modo que realmente no parece haber constancia histórica de una situación de descontento o deseo de liberarse) nuestro autor vincula las promesas hechas a Abrahán –promesas de una tierra de libertad y una descendencia tan numerosa como las estrellas y las arenas del mar- con la liberación en Egipto.

Las tribus que un día conformarían el pueblo de Israel (aún no existe Israel como pueblo, en Egipto están esclavizadas algunas tribus hebreas y semitas que algún día llegarán a formar el pueblo de Israel) experimentaron el llamado de Dios a la libertad en la persona de Moisés y algunos de ellos se atrevieron a dar el paso, a seguir al caudillo en busca de una promesa. Esas tribus son símbolo de todo creyente, de todo aquel que descubriéndose esclavo decide creer en el único capaz de hacerle libre. Esa fe vincula, genera pueblo y comunión. La participación en un mismo sacrificio simbolizaba la unión solidaria de un pueblo en un destino común. La celebración pascual recuerda que Dios no cesa de elegir a su pueblo entre los justos y de castigar a los impíos.

El Salmo precisa algunos aspectos de la segunda virtud teologal, la esperanza. La fe es la luz de la inteligencia teológica, nos permite descubrir la verdadera esencia de las cosas y la conducción divina en el entramado de la historia. Sin embargo, esa inteligencia requiere de otra fuerza dinámica y polarizadora llamada esperanza. La fe permite descubrir aquello que nos aguarda y la esperanza nos impulsa hacia ella, nos atrae irresistiblemente la inefable belleza de aquella realidad que cumplirá nuestros más profundos anhelos. La tensión dinámica que existe entre fe y esperanza, ver lo que aún no es evidente genera en el creyente un impulso irresistible de satisfacer la apetencia por la promesa.

En la segunda lectura, de la carta a los Hebreos, la fe de Abraham y de los patriarcas sirve de ejemplo. Para estimular la perseverancia en la fe que lleva a la salvación, la carta a los Hebreos aduce una serie de testigos. Abraham, lo mismo que los hebreos del siglo I, conoció la emigración, la ruptura respecto al medio familiar y nacional y la inseguridad de las personas desplazadas. Pero en esas pruebas encontró Abraham motivo para ejercer un acto de fe en la promesa de Dios. La fe enseña a no darse por satisfechos con los bienes tangibles ni con esperanzas inmediatas. Abraham creyó por encima de la amenaza de la muerte. Sufrió los efectos de esterilidad de Sara y la falta de descendencia. Esta



prueba fue para él la más angustiosa porque el patriarca se acercaba a la muerte sin haber recibido la prenda de la promesa.

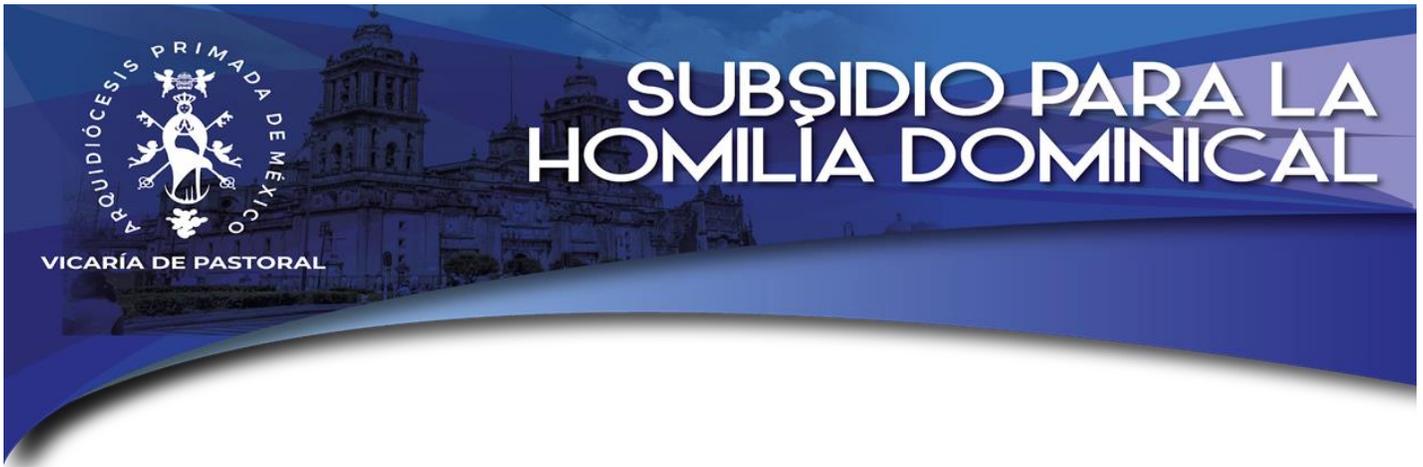
Aquí se hace realidad la última calidad de la fe: aceptar la muerte sabiendo que no podrá hacer fracasar el designio de Dios. Más que el sufrimiento, es la muerte el signo por excelencia de la fe y de la entrega de uno mismo a Dios. Abraham creyó en un "por encima de la muerte", creyó le sería concedida una posteridad incluso en un cuerpo ya apagado, porque le había sido prometida. Esta fe constituye lo esencial de la actitud de Cristo ante la cruz. También se entregó a su Padre y a la realización del designio divino, pero tuvo que medir el fracaso total de su empresa: para congregar a toda la humanidad, se encuentra aislado pero confiado en un por encima de la muerte que su resurrección iba a poner de manifiesto.

Finalmente, Lucas nos presenta la consecuencia lógica que proviene de la auténtica fe y esperanza, un ethos, una forma de vida totalmente confiada en Dios y abierta al amor/caridad. El evangelio de hoy nos presenta unas recomendaciones que tienen relación con la parábola del domingo anterior del rico necio. La actitud de confianza con el que inicia el texto no debería de omitirse "no temas, rebañito mío, porque su Padre ha tenido a bien darles el reino". Esta exhortación a la confianza expresa la ternura y protección que Dios ofrece a su pueblo, pero expresa también la autocomprensión de las primeras comunidades: conscientes de su pequeñez e impotencia, vivían, sin embargo, la seguridad de la victoria. La bondad de Dios, en su amor desmedido, nos ha regalado el reino. Desde aquí tenemos que entender las exhortaciones siguientes. Si el reino es regalo, lo demás es superfluo (bienes materiales).

Lucas invita a la vigilancia, consciente de la ausencia de su Señor, a una comunidad que espera su regreso, pero no de manera inminente como sucedía en las comunidades de Pablo (cf. 1Tes.4-5). La Iglesia de Lucas sabe que vive en los últimos días en los que el hombre acoge o rechaza de forma definitiva la salvación que se regala. Cristo ha venido, ha de venir; está en la historia y actúa en ella, pero de forma no visible. La historia presente, de hecho, es el tiempo de la iglesia, tiempo de vigilancia.

El punto clave reside en la invitación "estén preparados"; o lo que es lo mismo, lo importante es el hoy. A la luz de una certeza sobre el futuro, queda determinado el presente. Esta es la comprensión de la historia de Lucas: "se ha cumplido hoy" (4,21), "está entre ustedes" (17,20-21) y "ha de venir" (17,20). Preparación y vigilancia pueden resumirse en una actitud básica fundamental del cristiano: ¡El amor!, a Cristo se le espera amando, o lo que es lo mismo, se le ama en los otros, poniéndose de su lado, defendiéndolos, velando por sus derechos y sus necesidades. El Reino es, al mismo tiempo, presente y algo todavía por venir. De aquí la doble actitud que se exige al cristiano: desprendimiento y vigilancia. Es necesario desprenderse de los cuidados y de los bienes de este mundo, dando así testimonio de que se buscan las cosas del cielo.

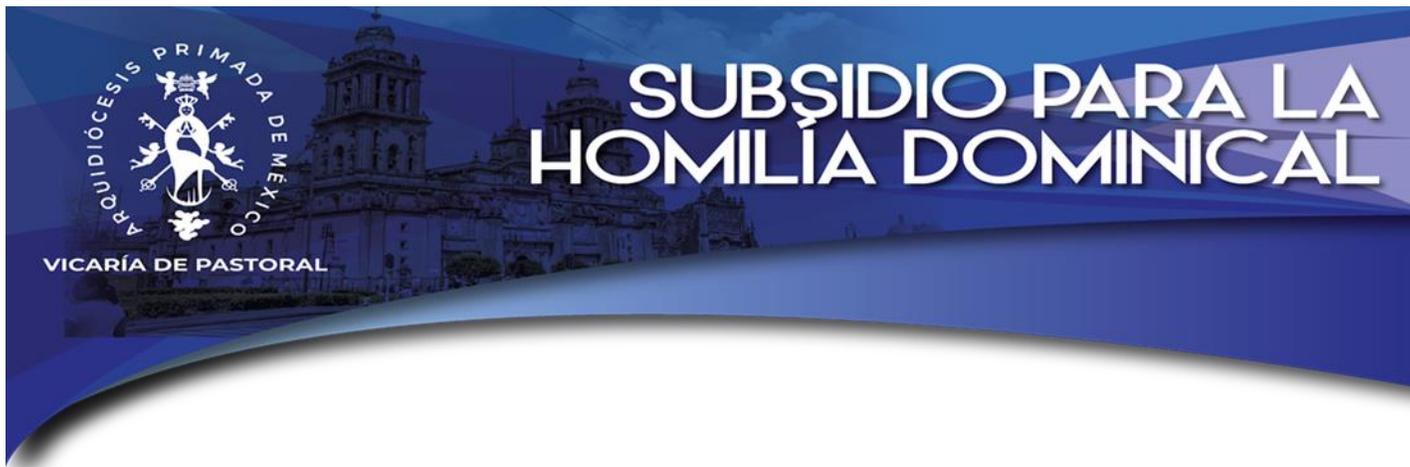




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Jesús insiste en que sus discípulos se olviden de acumular bienes temporales y se procuren un tesoro que no se acaba, porque, dice el Maestro que “donde está su tesoro, ahí estará su corazón”.
- ❖ El Señor está viniendo y tocará a tu puerta. ¿De qué manera estás preparando ese momento?
- ❖ Somos administradores de los bienes de Cristo. ¿Cómo estás administrando esos bienes, de qué manera estás haciendo llegar a todos su amor, su ternura y misericordia?





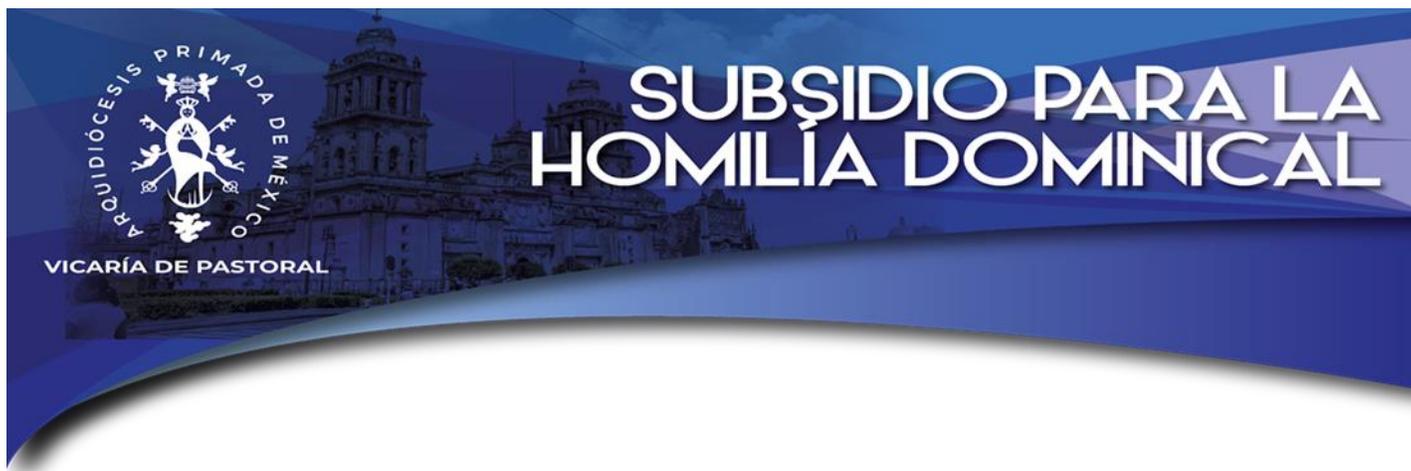
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<https://www.youtube.com/watch?v=gqpBAIq6Pc0>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco, una y otra vez: ¿Somos lámparas encendidas o apagadas?

<https://es.aleteia.org/2014/02/09/papa-francisco-una-y-otra-vez-somos-lamparas-encendidas-o-apagadas/>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

¡VELEN Y ESTÉN PREPARADOS!

El Evangelio de hoy Jesús nos exhorta sobre el uso correcto del tiempo. Hemos contemplado una serie de imágenes y parábolas con las que Jesús nos invita a la vigilancia en espera de su retorno. Por fe sabemos que él va a venir por segunda vez para “juzgar a vivos y muertos” cómo lo profesamos en el Credo cada domingo. En la cultura judía decir que alguien se ciñe a la cintura es señal de que está preparado para emprender un viaje y está listo para trabajar. Por otro lado, la lámpara encendida indica que alguien se prepara para pasar la noche velando en espera de otro. Jesús también ilustra la necesidad de vigilancia con la imagen del ladrón de noche. La exhortación: “¡estén preparados!” no es una invitación a pensar en cada momento la muerte, a vivir la vida como quien está esperando marcharse para siempre. Significa más bien estar en regla y tener orden en nuestra vida. Nadie tiene garantizado que vivirá tantos o cuáles años o días, ni mucho menos que tendrá los auxilios espirituales para antes de fallecer, sin embargo, esto no debe porque traernos preocupación o estar en un permanente estado de ansiedad. El verdadero sentido radica en no tener qué preocuparse si vivimos en la mano de Dios, porque él es nuestra paz. En el plano espiritual estar preparado significa que hay que vivir teniendo presente que en algún momento partiremos a la casa del Padre. Se cuenta que a San Luis Gonzaga le preguntaron “¿qué harías si supieras que dentro de poco vas a morir?” a lo cual él respondió: “seguiría jugando”. Esta respuesta la dio un jovencito que buscaba a Dios y nos invita a pensar que la receta para disfrutar de la tranquilidad es estar en gracia de Dios sin pendientes con Dios o con los hermanos.





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

A la luz de lo que nos presenta la Palabra de Dios en este Domingo, la Iglesia nos invita a orar según el fundamento de nuestra esperanza, llamándole Padre, como hace unos Domingos nos enseñaba el mismo Señor Jesús. Y esta esperanza, a su vez, se cimienta en una certeza, aún sin que la podamos ver totalmente realizada: el don de su Espíritu que nos enseña no solo a llamarlo Padre sino a experimentarnos verdaderamente hijos. Este modo de orar, en sí mismo, ya se vuelve consolador, esperanzador, pudiendo resonar en nuestros oídos y corazones, aquellas palabras: "¡Miren cómo nos amó el Padre! Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente" (1 Jn 3, 1), y para ello ha derramado su Espíritu sobre nosotros "que nos hace exclamar: ¡Abbá!" (Rm 8, 15). Es esta la experiencia a la que nos quiere remitir este texto con el cual la Iglesia nos invita a orar este domingo.

Y, siguiendo el hilo de las lecturas, este recuerdo – anámnesis – nos mueve a actuar en consecuencia, pidiéndole que realice completamente, de principio a fin, en nuestros corazones su obra de salvación: crear en nosotros un espíritu de hijos. Él ya nos ha hecho hijos suyos y nos ha dado su Espíritu para poderlo reconocer; ahora la pedimos – implicando nuestra disponibilidad para ello – que ese Espíritu nos renueve, "crea en mí, Señor, un corazón puro, renuévame por dentro con Espíritu firme" (Sal 50, 12), de manera que no solo nos llamemos sino que vivamos verdaderamente como hijos suyos, empezando porque verdaderamente nos experimentamos como tales, y esto se traduciría, necesariamente en gestos, palabras, acciones, actitudes, pensamientos... que lo manifiestan: estar en vela, cumpliendo lo que el Señor nos ha mandado – que nos amemos los unos a los otros, como él mismo nos ha mostrado.



Concluye remitiéndonos a la meta de nuestra esperanza: entrar a tomar posesión de la herencia – como hijos – que nos tiene prometida; la misma tensión escatológica que nos presenta el pasaje del Evangelio de hoy.

Para ello, somos invitados no solo a ofrecerle esto, sino a pedirle que se lo podamos ofrecer para que nuestro vivir de hijos se transforme, para nosotros, en sacramento de salvación (oración sobre las ofrendas), que, al recibirlo como alimento nos confirme también en la luz de su verdad (oración después de la Comunión).

En esa tensión escatológica, que alienta nuestra fe, esperanza y caridad, la oración con el Prefacio X para los Domingos del Tiempo Ordinario, nos puede ayudar al recordarnos que, reunidos como sus hijos, su familia, escuchando su Palabra y en la Comunión de su Cuerpo, celebramos en el hoy de nuestra historia anhelando, esperando, el Domingo sin ocaso, donde entraremos en su descanso, nuestra meta y nuestra patria definitiva.

